

ERASE UNA VEZ

El cielo de aquella noche estaba tapizado de innumerables estrellas. Las había de todos los colores. Resaltaban y llamaban la atención las de color azul y las amarillas. También las había violáceas, rojas... Ninguna era negra porque todas emitían alguna luz, algún resplandor...

No cantaban los grillos ni croaban las ranas. Aullaba el lobo y balaban las ovejas. Soplaban un viento frío otoñal que hacía parpadear la sinfonía de colores de las estrellas.

La naturaleza inanimada dormía porque no había calor con que arropar y calentar la tierra.

Arrogante, en medio de la llanura, crecía un roble. El gigante de la meseta lo llamaba la gente. Firme en sus raíces, sus ramas, sobre todo las más altas, eran zarrandeadas por el huracán.

Escondido en la única hoja amarillenta y seca de su copa resguardaba su miedo y su frío un bichejo. Un bichejo sin nombre y sin historia. Viejo, negruzco, arrugado,...

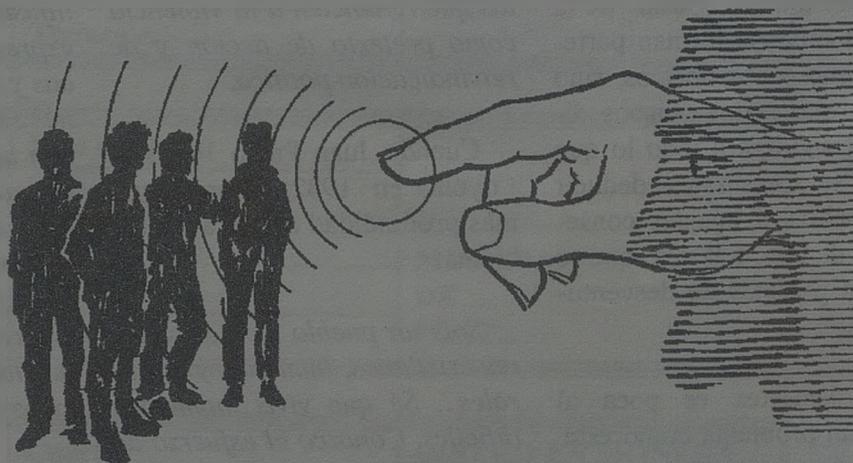
De pronto... ¡cras!. La hoja es arrancada de la rama por la fuerza del ventarrón. El bichejo negruzco y pesado aterriza en vuelo forzoso sobre el suelo pegándose un trompazo impresionante. Al abrir los ojos, sus ojos moribundos ven las estrellas. Queda admirado por lo que ve y que tal vez nunca más verá las numerosas constelaciones de estrellas. la Osa Mayor, la Osa Menor, el Camino de Santiago, el Lucero del Alba...

Cuenta la leyenda, que ese dolor y esa admiración lo vieron y sintieron todas las infinitas estrellas a las que con tanto cariño había mirado. Se reunieron en junta general y a petición del Lucero del Alba que era el presidente, decidieron compartir con él un poco de su luz. Este pidió el parecer de todas y por unanimidad y a mano alzada se la otorgaron.

Desde aquel día el bichito, sin nombre y sin historia hasta entonces pasó a ser conocido en el mundo de la zoología con el de LUCIÉRNAGA.

El mundo cristiano ha celebrado en el mes de noviembre la santidad de los que murieron. De los que fueron canonizados por la Iglesia y de todos los santos y santas anónimos que fueron bienaventurados, felices en este mundo y que ahora lo son en el cielo....

Que a ejemplo de la luciérnaga, nos dice la Iglesia, elevemos el corazón en muda admiración a contemplar emocionados la santidad de los canonizados: María de Nazaret, María Goretti,



Francisco de Asís, Teresa de Lissieux, Teresa de Ávila, Carlos Eraña, Juan de la Cruz, Juan de Dios...

A pedir ser como ellos, luz. A invocándoles como intercesores a mediadores del Sol de Santidad Cristo Jesús.

Que como a la luciérnaga de la leyenda nos comuniquen infinitas ganas de ser como ellos.
GANAS DE VIVIR Y AMAR.

Alumnos de 6º del Colegio Ntra. Sra. del Prado.
(Marianistas)